

LA IGLESIA EN EL SIGLO XXI: VIEJOS Y NUEVOS DESAFÍOS PARA EL CRISTIANO DE HOY

*Victorino Girardi**

RESUMEN

En la presente conferencia se reflexiona sobre las siguientes preguntas:

1. *Una introducción de carácter metodológico que responda a la pregunta ¿cómo acercarnos a la Iglesia? ¿cuál es la mejor actitud que debemos asumir cuando queremos conocerla?*

* Doctor en Teología por la Universidad Urbaniana de Roma. Fue Rector del Seminario comboniano en Kenia y Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de México. También fue profesor del Seminario Central, del ITAC y de la Universidad Católica, en Costa Rica. Actualmente es Obispo de la Diócesis de Tilarán.

2. *¿Cuáles son las características del Hoy en que la Iglesia está llamada a su misión?*
3. *¿A qué hombre esta la Iglesia llamada a servir? ¿cuáles son los rasgos principales de nuestros contemporáneos?*
4. *¿Qué le puede ofrecer la Iglesia al hombre de hoy?*

INTRODUCCIÓN

Pablo VI en su programática Encíclica *Ecclesiam Suam* de 1964, en su número 14, escribía: “es obligación hoy, para la iglesia, profundizar en la conciencia que ella debe tener de sí misma.”.

La psicología no pretende ser una ciencia exacta; la exactitud es característica de las ciencias de la naturaleza, no de las llamadas ciencias humanas o del espíritu. Y, sin embargo, la psicología es ciencia e insiste en que nos comportamos según la imagen que tengamos de nosotros mismos. Me viene a la memoria, en este momento, un anciano, frente a quien me puse de rodillas el 6 de octubre del 2003, pidiéndole su bendición... su actuar manifiesta la clara conciencia que tiene Karol Wojtyła de ser Juan Pablo II, sucesor de San Pedro.

El actuar de la Iglesia exige pues, que ella tenga una clara conciencia del tesoro de verdad del que ella es heredera y depositaria, de la misión que debe cumplir. Sin embargo, si el tomar conciencia de sí misma es imprescindible para su recto actuar, éste, a su vez, debe ser iluminado por otro criterio que nos viene sugerido por el Beato Juan XXIII: la iglesia debe estar atenta a los "signos de los tiempos" que debe leer e interpretar.

La Iglesia no debe verse a sí misma en una actitud de separación y de enfrentamiento con el tiempo en que está llamada a ser y a servir. La Iglesia mira a su pasado y "guarda su herencia" pero para comprender e insertarse más eficazmente en el hoy en que está llamada a servir.

El título de nuestras reflexiones nos sitúa, precisamente, frente a la doble exigencia de la Iglesia: ser ella misma y serlo en fidelidad a su Fundador, y serlo sirviendo al hombre en su caminar histórico.

Entrando ahora a contestar a la pregunta: ¿cómo acercarnos a la Iglesia?, afirmamos que es fundamental recordar que ella es ante todo un Misterio. Tomamos éste

término como lo asumió San Pablo en sus escritos. De su origen etimológico el término griego Misterio indicaba ante todo lo sorprendente, lo asombroso, lo que desborda toda expectativa, frente al cual la actitud (precisamente mística) del "iniciado" debe ser de quien se siente sorprendido por la irrupción inesperada de Dios en la propia historia. Con esto queremos subrayar que la Iglesia no es producto humano, sino que es el fruto de la intervención gratuita de Dios en la historia humana. A su vez, ésta afirmación queda iluminada por lo que leemos en el capítulo 12 del Génesis: "Había un hombre en Ur de los Caldeos, Dios le dijo: Abraham, Abraham. Y éste contestó: heme aquí..." y el autor de la Carta a los Hebreos (Cap. 11), comenta: "Y Abraham se puso en camino sin saber a dónde iba, en pura fe". Es la fe la que necesitamos para acercarnos a la Iglesia, sorprendidos por lo que ella es, no un producto humano, sino un "Misterio" que se da en la historia, entre los hombres, pero por la intervención absolutamente gratuita de Dios... No hay una contestación al por qué Dios haya escogido a Abraham: eso es misterio. Se trata de una iniciativa libre de parte de Dios y por ella

Dios se hace “responsable de Abraham” y la historia de éste es también historia de Dios.

Lo que aconteció para Abraham, “nuestro padre en la fe”, nos sirve de paradigma para acercarnos a la Iglesia. Ella también es fruto de la libre y absolutamente gratuita iniciativa divina.

Esta afirmación nos lleva a hacer nuestra una segunda actitud con que debemos acercarnos a la Iglesia: no nos cabe la pretensión de una plena comprensión del ser de la Iglesia. Pretenderlo equivaldría a agotar su Misterio. Como no cabe una plena comprensión de Cristo y no hay una fórmula que nos diga toda la densidad de la afirmación: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”, así no cabe desentrañar toda la profundidad del “Cuerpo de Cristo” que es la Iglesia.

Es significativo al respecto lo que se narra en el juicio que se le hizo a Santa Juana de Arco. El Obispo le preguntó a aquella muchacha que pretendía “escuchar voces” y actuar en nombre de Dios: ¿qué es para ti la Iglesia?. Ella contestó: “yo no soy teóloga, pero sé que la Iglesia es Cristo”... Este es el atrevimiento de todo creyente católico: afirmamos que Cristo

continúa haciéndose presente en el mundo en y a través de su Iglesia, sigue pasando, haciendo el bien. Todo esto y más quería significar San Pablo cuando escribiendo a los Efesios afirmaba: “grande Misterio hay aquí, me refiero a Cristo y a su Iglesia” (5,32).

Otro criterio que me parece de gran importancia para estudiar el Misterio que es la Iglesia, se refiere a su paradójica situación: afirmamos que ella *está* en el mundo pero no es del mundo. La Iglesia pretende estar en el mundo, su misión le obliga a ello. Según los sociólogos de la religión, lo que diferencia a la Iglesia de la secta es precisamente su distinto situarse frente al mundo. La secta pretende y se esfuerza por *separarse del mundo* que considera malo y lugar del maligno, para constituirse en el grupo de los elegidos, de los puros, frente a los condenados... La Iglesia por el contrario quiere dialogar con el mundo, se siente enviada al mundo, en fidelidad al doble mandamiento de Jesús: “Ámense como Yo les amé y vayan por todo el mundo”... Todo poder se me ha dado en el cielo y en la tierra, en fuerza de ese mismo poder Yo les envío como el Padre me ha enviado. Aquí constatamos una extraordinaria pretensión de gran-

deza, que de Cristo pasó a sus apóstoles que se sienten constituidos en maestros con poder de enseñar “a toda criatura” (Cfr. Mt. 28,19).

Por otra parte, la Iglesia, fiel a la declaración de Jesús: “Mi reino no es de este mundo”, está llamada a renovar su compromiso para no ser del mundo, para no conformarse con él. La Iglesia es profecía y sabemos que el profeta -en la afirmación de Jesús- no tiene patria, precisamente por su contraste con los que deberían ser los suyos. Constatamos las implicaciones de esta afirmación en el ya largo Magisterio de Juan Pablo II en que se “concentra” la misión profética de la Iglesia. Pareciera que no hay ni un punto de los importantes para el vivir social en que el “mundo” acepte como propias las afirmaciones del Santo Padre: mientras el Papa afirma reiteradamente el derecho a la vida del niño-no-nacido, el mundo va difundiendo las prácticas abortistas; el Santo Padre considera un homicidio el no pleno respeto de la vida hasta su término natural, en abierto contraste con unas naciones que justifican la eutanasia... Ni en el trágico problema de la paz mundial, ni en las políticas anti-natalistas, ni en los valores del matrimonio

cristiano, el Papa, y en definitiva la Iglesia, piensa como piensa el mundo. El contraste se da inclusive en ámbitos en los que a primera vista parece que existe acuerdo, como es el caso de la paz: la *pax americana* tan violentamente propugnada a costa de una absurda “guerra preventiva” nada tiene que ver con la paz que el Papa ha ido describiendo y propugnando en sus 25 mensajes para el día mundial de la paz (1° de enero). Todo esto implica que la Iglesia no puede encontrarse “a gusto” en el mundo y es por eso que, como afirma el Concilio Vaticano (LG 8 b); La iglesia va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que venga.

Esta situación de paradoja, de estar en el y no ser del mundo, implica para la Iglesia un trabajo constante para alcanzar un equilibrio, por cierto siempre inestable, entre el riesgo de contaminación por su “estar en el mundo” y el riesgo opuesto de hacerse ghetto, separándose de aquel mundo al que debe servir, anunciándole la Buena Noticia. A lo largo de su historia, la Iglesia ha conocido graves casos de contaminación y nuestro Santo Padre, particularmente durante el Año Santo del

2000, ha pedido varias veces perdón por ellos. Ha habido también momentos en que la Iglesia se ha ido como cerrando en sí misma por el miedo de contaminarse, negando así el debido diálogo con el mundo. Creo que la expresión cumbre de este riesgo la hallamos en 1864, cuando el Beato Pío IX en su *Syllabus* afirma que la Iglesia no puede ni debe “reconciliarse con la modernidad y el progreso”, afirmación totalmente opuesta a la de Pablo VI quien en 1964 afirma en su Encíclica *Ecclesiam Suam*, que “la Iglesia es diálogo”.

Afirmación reforzada por la otra de su Encíclica *Populorum Progressio* (1967) que “el nuevo nombre de la paz es el progreso”.

Este es el reto para la Iglesia de todos los tiempos: evitar el riesgo de diluirse en el mundo contaminándose con él y, a la vez, hacer lo posible para que el compromiso de mantener su identidad y su profecía no la lleve a aislarse, olvidando su vocación de “enviada al mundo”.

Características de nuestro Hoy

Estamos conscientes de que el hombre ha progresado en térmi-

nos de conocimientos científicos y técnicos, más en los últimos 150 años, que a lo largo de toda su historia. Esto no significa, sin embargo, que el hombre haya progresado al mismo ritmo en lo que es el conocimiento de su “Misterio”.

Podemos representar, simbólicamente, nuestro Hoy por un estanque en que llegan desembocando como ríos, tres grandes corrientes culturales. Esto vale también para América Latina y aún más concretamente para Costa Rica. Nos referimos a la cultura tradicional, la cultura moderna y la post-moderna. Al mismo tiempo, estoy profundamente convencido de que todavía no se ha llegado a algo bien definido, sino que se pueden constatar las tres corrientes con sus características: éstas no se han integrado armónicamente todavía.

De la tradición llega, por ejemplo, un elemento muy importante; nos referimos a las profundas raíces cristianas, y para Costa Rica concretamente católicas, de las cuales no cabe prescindir en absoluto. Al respecto, alguien hacía notar que el mismo Buñuel, a quien le preguntaron si era creyente o no, contestaría: ¡yo soy ateo gracias a Dios!. Nuestro pro-

pio lenguaje, hasta el más cotidiano, está salpicado de expresiones cristianas. El mismo lenguaje de los valores que quisiéramos que permanecieran vigentes hoy en Costa Rica, es un lenguaje típicamente cristiano. Por ejemplo, ¿quien defiende hoy en nuestro país la poligamia? (no digo que no la haya)... Otra cosa afirma por ejemplo el Corán; no podemos olvidar que ha sido Cristo quien introdujo en el mundo la concepción de un matrimonio monogámico, indisoluble y abierto a la vida. Subrayémoslo: ninguna cultura pre-cristiana había producido la idea de lo que la familia es y como Costa Rica la quisiera. Podemos dar otro ejemplo: nadie anterior a Cristo ha reconocido y sostenido la dignidad de la mujer, de tal modo que el mejor feminismo tiene claras raíces cristianas, aunque las modernas feministas lo quisieran negar.

A estos casos, podríamos añadir muchos más que atestiguan las raíces claramente cristianas y católicas que tiene nuestro país en la actualidad. No conviene olvidar que la primera Constitución de Costa Rica prohibía que entraran a nuestra Patria los no católicos, aunque esta prohibición, por

la extraordinaria tradición democrática de nuestro País, rápidamente fuera abandonada.

Dentro de esta corriente de la cultura tradicional, conviene destacar cómo la "religiosidad popular" invade amplios espacios de nuestra cultura. Cuando el 2 de agosto observamos que más de un millón de costarricenses peregrinan a Cartago, debemos admitir que no hay otro fenómeno de tan magno peso cultural, a lo largo del año.

La segunda corriente llega de la modernidad. Esta se caracteriza sobre todo por la fe en la ciencia entendida fundamentalmente como saber de lo constatable, medible, verificable o no-falseable. Y es aquí, cuando la ciencia podría aparecer en contraste con la fe, ya que por esta, el creyente está llamado a trascender lo constatable y aceptar, por la autoridad de quien lo revela, el Misterio. Es verdad, no debería haber contraste entre fe y ciencia, pero con frecuencia se da un abierto contraste entre las dos, no por ellas mismas, sino por el fácil riesgo que tiene el científico de extrapolar su saber, aplicando al ámbito de la fe el método propio de la ciencia.

Cuando la ciencia quiere dirigir la acción humana, tenemos la técnica. Hoy, debido a los sorprendentes éxitos logrados, tenemos espontáneamente una enorme fe en ella, a tal punto que los países son clasificados jerárquicamente por el nivel del progreso científico y técnico que ellos poseen. Hablamos en efecto del grupo de los ocho, refiriéndonos a los ocho países que han alcanzado el más alto nivel de progreso técnico, con el fácil riesgo de olvidar que tal progreso no está acompañado necesariamente por un adecuado desarrollo humano integral. Con demasiada facilidad los conocimientos técnicos son utilizados no en favor del hombre sino para sacrificarlo más fácilmente: los ejemplos al respecto son aterradores, particularmente en éstos últimos meses.

La modernidad ha introducido en nuestra cultura lo que es conocido como "visión de progreso global", significando con esta expresión que la humanidad va necesariamente progresando y esto gracias a la unión fecunda entre ciencia y técnica. Se trata de la herencia positivista propia de A. Comte, quien se atrevió a profetizar el día en que él hubiera predicado, en la Catedral de Notre-Dame de París, la nueva religión de la cien-

cia que hubiese sustituido las dos etapas humanas anteriores: la religiosa y la metafísica.

Otro aporte de la modernidad ha sido la tendencia a reducir la totalidad al fragmento. Los ejemplos de esta tendencia son múltiples: Descartes intenta introducir la totalidad en el "*cogito*" o "yo pienso", para, desde ahí, como lo haría la araña con su tela, ir hilando todo su sistema; B. Spinoza, siguiendo su ejemplo, escribe su *Ética more geometrico demonstrata*, o *Ética desarrollada matemáticamente*. Por su parte, Marx intentó reducirlo todo a la materia, Nietzsche a la voluntad de poder, Freud (en el caso del hombre) a la libido... Con ellos, varios otros autores se han esforzado de ver la totalidad en el fragmento, construyendo sorprendentes sistemas que han hecho decir al Sócrates danés, Kierkegaard: "han construido palacios pero han vivido en la perrera de al lado"... Hegel no llegó a vivir en el sistema que había construido: lo inventó, pero se murió en 1831; Marx profetizó el dominio mundial del proletariado, pero no llegó a vivir en él; Nietzsche describió al super hombre, pero él siguió siendo un enfermo mental que muere a cau-

sa de la sífilis; ni Freud vivió libre de toda represión contra la cual construyó su sistema.

La tercera corriente corresponde a la post-modernidad. Este "post" puede ser entendido en dos opuestos sentidos: "post" puede indicar sencillamente "después", como cuando decimos: el día llega después de la noche. En este caso, la post-modernidad no debería ser entendida en contraste con los ideales de la modernidad, sino simplemente como su desarrollo, aunque integrando nuevos elementos, como el joven va integrando nuevos aportes a su adolescencia, pero no negándola sino superándola. Sin embargo, "post" puede significar también oposición, contraste. Si es así, la post-modernidad implicaría cierto grado de ruptura con la modernidad.

Personalmente, creo que conviene acentuar este segundo sentido. Entonces, frente a la modernidad que, como hemos visto, tendía fuertemente a lo sistemático, a los altos ideales para una futura humanidad, la post-modernidad nos orienta a lo inmediato, al aquí y al ahora, al éxito fácil... Con esto, la post-modernidad no niega la racionalidad, el meta-relato, pero quiere dar más espacio a

otros aspectos del ser humano, como son: el sentimiento, la diversión, la fiesta, el canto, la ternura, el descanso, la ecología o armonía con la naturaleza (la modernidad privilegiaba la transformación de la misma). La tensión a lo inmediato, a lo que nos pueda afectar sin mediaciones, implica un desplazar lo programado, lo calculado, en definitiva lo cerebral, para acoger acríticamente lo espontáneo, lo cercano, lo desprogramado... Lo bello ya no sería lo ordenado y elegante, sino lo extravagante, como aparece en el modo de vestir de nuestros jóvenes: pareciera que a cuanto más desorden, más elegancia.

En este marco cultural en el que confluyen, lo tradicional, lo moderno y lo post-moderno, en que está surgiendo algo todavía no definible y que sin embargo nos obliga a afirmar que la nuestra no es una época de cambios sino un cambio de época, constatamos unos fenómenos particularmente impactantes:

1. *El fenómeno de la urbanización creciente*, de la megalópolis, con todo lo que esto implica de anonimato, de desconocimiento mutuo, de subcultural y particularmente de criminalidad creciente y contagiosa... En París, hace unos me-

ses, por el calor que alcanzó niveles inesperados, murieron varios centenares de ancianos y casi un centenar de ellos no fueron reclamados por nadie; vivían solos y nadie lloró su muerte. No conociendo su religión, por un extraño respeto a su conciencia, fueron enterrados sin ningún signo ni referencia religiosa, pero sí a expensas del gobierno...

2. *La distancia entre ricos y pobres.*

Es verdad, llegados a este punto podríamos ser tentados a utilizar un lenguaje populista. Sin embargo, aún aceptando este riesgo, asumimos con dolor, lo que ha escrito R. Garaudy: "¿el mundo tiene alma acaso, es decir, tiene unidad y sentido, porque mi cuerpo tiene unidad ya que tiene alma?" Pero vivimos en un mundo roto, sin unidad, entre el norte y el sur, entre los pocos que tienen mucho y los muchos que no tienen nada. El 89% de los recursos naturales del planeta son utilizados y consumidos por el 20% de la población; este 20% de los ricos de la Tierra dispone del 83% de los ingresos mundiales, mientras el 20% de los más pobres sólo dispone del 1,4%. Según el informe del programa de las

Naciones Unidas para el desarrollo, de 1992, el resultado de esta ruptura es que 4000 seres humanos mueren cada día de mal nutrición o de hambre. El modelo de desarrollo del Occidente, le cuesta al sur lo equivalente de un Hiroshima cada dos días. Más aún: el abismo entre el norte y el sur está aumentando de modo que durante los últimos años la diferencia entre los países pobres y los países ricos era de 1 a 30, y pasó a ser de 1 a 50.

Los expertos nos han asegurado que lo que Estados Unidos invirtió en la guerra de Irak, hubiese sido suficiente para desterrar en 10 años todo analfabetismo de nuestro mundo y toda forma de extrema pobreza... Es obvio que la "paz americana" nunca corresponderá a la paz cristiana; no es la paz que Juan Pablo II ha ido describiendo y proponiendo durante su ya largo pontificado.

3. *El fenómeno de la globalización.*

Una característica del mundo actual es la tendencia a la globalización, fenómeno que tiene profundas repercusiones también en nuestra Costa Rica. Se trata de un proceso que se va imponiendo debido a la

mayor comunicación entre las diversas partes del mundo, llevando prácticamente a la superación de las distancias, con efectos evidentes en campos muy distintos. Tenemos así la globalización económica, que se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lo que lleva consecuencias negativas, como son por ejemplo la atribución de un valor absoluto a la economía, el desempleo, la disminución y el deterioro de ciertos servicios públicos, la destrucción del ambiente y de la naturaleza, la competencia injusta que coloca a las naciones pobres en una situación de inferioridad cada vez más acentuada... No olvidamos la globalización cultural con su rápida difusión de "modelos" de vida, de concepción de valores, a menudo arbitrarios y con demasiada frecuencia materialistas.

La Iglesia admite y sufre el impacto de estos fenómenos, pero no renuncia a su misión evangelizadora y debe necesariamente enfatizar su dimensión profética.

4. *Peso de la deuda externa.* La deuda externa afecta gravemente a muchas naciones, y la complejidad del tema exige un estudio

atento y profundo, aún reconociendo que ella es frecuentemente fruto de la corrupción y de la mala administración. Sin embargo, este reconocimiento no pretende en absoluto concentrar en un solo polo las responsabilidades de un fenómeno que es sumamente complejo en su origen y en sus soluciones.

Entre sus consecuencias, destacamos que la deuda externa con demasiada frecuencia implica un deterioro de la propia libertad e identidad nacionales en cuanto que quien decide de la política económica de un país, prácticamente son el país y las organizaciones acreedoras. Esta situación a su vez limita el poder decisional de los países endeudados en los múltiples aspectos de la vida del propio pueblo.

5. *La corrupción.* La corrupción se está dando en todos los niveles del vivir social. Frecuentemente está presente entre las causas de la agobiante deuda externa. Juan Pablo II ha escrito: " Sin guardar límites, la corrupción, afecta a las personas, a las estructuras públicas y privadas del poder y a las clases dirigentes. Se trata de una situación que favorece la impunidad y el enriquecimiento ilícito, la falta

de confianza con respecto a las instituciones políticas, sobre todo en la administración de la justicia y en la inversión pública, no siempre clara, igual y eficaz para todos" (E in A, 23)... Pareciera que los hombres constituidos en el poder terminan convertidos inevitablemente en víctimas de una fatal fuerza corruptora del mismo poder. Los ejemplos en América Latina e inclusive en nuestra Costa Rica están a la orden del día.

6. *Comercio y consumo de drogas.*
Nuestras sociedades están enfrentándose con el trágico cáncer del comercio y consumo de drogas que con sus innumerables tentáculos va penetrando hasta en las esferas más sagradas de la sociedad. Este "cáncer" contribuye a los crímenes y a la violencia, a la destrucción de la vida familiar, a la destrucción física y emocional de muchos individuos y comunidades, sobre todo entre los jóvenes. Corroe la dimensión ética de trabajo y contribuye a aumentar el número de personas en las cárceles... (Cfr E in A, 24).

Hasta hace dos años visitaba cada semana la cárcel de San Sebastián: los encargados de la vigilancia me aseguraban que los jóvenes privados de libertad, casi en tu totalidad se en-

contraban ahí por delitos relacionados con el comercio de consumo de drogas.

El hombre, "camino de la Iglesia"

Juan Pablo II en su primera Encíclica, *Redemptor Hominis* ha escrito: "El hombre es el *primer camino* que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención" (n.º 14). Es el hombre de hoy, el hombre de nuestras casas y calles, de nuestros campos y ciudades, de nuestras escuelas y oficinas... a que la Iglesia está llamada a servir. Recordemos unos rasgos del hombre, nuestro contemporáneo.

1. La Iglesia sabe ante todo que el hombre que vive hoy, es la criatura racional creada a "imagen y semejanza" de Dios (Cfr. Gén. 1,26). Es un hombre dotado ,pues, de bondad fundamental, aunque deteriorado por la herencia del pecado original y por el peso de los pecados personales y sociales. Sin embargo, es siempre un hombre que se experimenta "remetido" a Dios quien es su origen y su mode-

lo. Esta es la razón profunda por la cual el ser humano siempre experimentó y sigue experimentando un doloroso desasosiego en su peregrinar: él se sabe extraño y como exiliado en este mundo. Una fuerte expresión de esta extrañeza es el hecho de que el hombre sea el animal que más sufre sobre la tierra y el que más hace sufrir a los animales de su propia especie.

Precisamente por esta bondad fundamental que le reconocemos a todo hombre, la Iglesia trabaja con confianza, conciente de que hay siempre una secreta conexión con la esfera o zona más profunda del corazón humano.

2. El hombre de hoy es alguien que experimenta una enorme desconfianza en las estructuras y en las instituciones sociales, sean ellas de índole religiosa o política. De ahí la evasión hacia el pequeño grupo o secta religiosa y hacia el pulular de grupos regresivos de la más variada índole y finalidad.
3. El hombre de la post-modernidad es alguien que busca el éxito fácil, del aquí y del ahora, y lo quiere a toda costa y entonces sacrificando con demasiada frecuencia valores incuestionables y perennes. De esta situación resulta un hombre frágil, inconsistente, inconstante y víctima de sus propias decisiones, tomadas superficialmente.
4. Otra característica dolorosa del hombre de hoy son sus miedos y angustias: miedo del mañana, miedo de perder la propia familia, miedo de una relación matrimonial estable y definitiva, miedo de perder el trabajo, miedo a la soledad, miedo de no ser amado y valorado, miedo de los otros ... miedo del terrorismo en todas sus formas. La pretendida "mayoría de edad" del hombre moderno ha pasado a ser "angustia y temores" del hombre post-moderno. De ahí la búsqueda desesperada del "Padre" que representaría la seguridad, el apoyo, la razón de la confianza, el cariño.
5. Nos hallamos frente a un hombre post-moderno, particularmente en relación a la llamada religiosa. La profecía de Harvey Cox acerca de la "Ciudad Secular" ha resultado del todo incorrecta: a pesar de amplios espacios de secularización y secularismo, el hombre contemporáneo sigue siendo un "*animal religiosum*";

él se siente como re-ligado a la Trascendencia. El mismo fenómeno de la sectas y de los numerosos nuevos movimientos religiosos son una clara manifestación de lo que se ha llamado “retorno de lo sagrado”.

Lo que la Iglesia ofrece al mundo de hoy

1. Un lugar de Esperanza. Si nos preguntáramos cuál ha sido el hilo conductor del ya largo magisterio de Juan Pablo II, creo que a todos nos vendría a la memoria aquella expresión con que empezó hace ya 25 años, su pontificado: “¡No tengan miedo!” la Iglesia debe dirigir su constante invitación a “Cruzar el umbral de la Esperanza”.
2. La Iglesia, lugar de la Profecía. Todo el mundo la necesita aunque su heraldo, el profeta, no encuentre patria entre nosotros. La Iglesia, en su función profética, debe asumir la valentía que le viene de Cristo quien proclama que su Reino no es de este mundo y que la entrada en él es posible sólo para cuantos se imponen la “violencia” de un cambio de mentalidad y de una profunda conversión. Los valores que el hombre de hoy necesita para sobrevivir, no los encuentra en el mundo, dominado por los ídolos del placer, tener y poder, sino que sólo los halla en la medida en que se ponga a la escucha de la Palabra anunciada por Cristo y confiada a su Iglesia.
3. La Iglesia, lugar de la Gracia y de la Santidad. En un mundo en que pareciera que el hombre vale por lo que tiene y por lo que gana, la Iglesia nos invita a “apostar” por la Gracia, por la Santidad y, en definitiva, por la Gratuidad. Los dones que Dios nos ofrece por medio de su Iglesia, son dones que hacen posible esa paz que el mundo no puede dar -Cristo mismo lo ha enfáticamente declarado- y ellos son totalmente gratuitos: los sacramentos de la Reconciliación, de la Eucaristía, la luz de su Palabra, la posibilidad de un diálogo profundo con Dios que se hace fuente de luz, paz y consuelo, y que acompaña un serio compromiso de servicio a nuestros hermanos.
4. La Iglesia defensora de todo hombre y de todo el hombre. El teólogo Karl Barth ha afirmado acertadamente que desde que Dios se ha hecho

hombre (Cfr. Jn. 1, 14), éste es “la medida de todas las cosas”; lo es y lo debe ser siempre para la Iglesia: su opción fundamental; al ser la opción por Dios lo es necesariamente también por el hombre y no como una segunda opción, sino como implicada en la primera, de ahí que la Iglesia, que pretende ser “experta en divinidad”, se esfuerza en ser también “experta en humanidad” como lo ha afirmado solemnemente Pablo VI, ante la Asamblea de las Naciones Unidas. No es una expresión de orgullo, sino la pura aunque dolorosa verdad, afirmar que hoy la Iglesia es la única organización mundial que defiende a todo hombre en cualquier momento de su existencia, desde su concepción a su término natural en el misterio de la muerte. En cada hombre, de cualquier sexo, raza, condición social, edad ... la Iglesia contempla la imagen de su Señor y Fundador. Aunque viva consciente de que en algún momento de su historia, lo ha podido culpablemente olvidar, la Iglesia sabe que “traicionar o descuidar” a la persona humana, sería renovar la traición de Judas a su amigo y bienhechor.

El hombre, nuestro contemporáneo, tiene el derecho de encontrar en la Iglesia su propia casa, su Betania, es decir, el lugar de la acogida, de la amistad, de la esperanza, de la propia valía... y del descanso con la propia familia.

BIBLIOGRAFÍA

- CONCILIO Vaticano II, 1970, *Constitución Pastoral “Gaudium et Spes”*, Madrid: BAC.
- CONFERENCIA EPISCOPAL DE COSTA RICA, 2003, *Hacia una Iglesia de la comunión*, San José, Costa Rica; CECOR.
- CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, 2003, *Plan global 2003-2007*, Bogotá: CELAM.
- IVCONFERENCIA GENERAL L., 1992, *Documentos de Santo Domingo*, Sto. Domingo: Conferencia Episcopal Dominicana.
- JUAN PABLO II, 1979, *Redemptor hominis*, Città del Vaticano: LEV.
- JUAN PABLO II, 1984, *Salvifici doloris*, Città del Vaticano: LEV.
- JUAN PABLO II, 1987, *Sollicitudo rei socialis*, Città del Vaticano.: LEV.
- JUAN PABLO II, 1999, *Ecclesia in America*, Città del Vaticano: LEV.
- JUAN PABLO II, 2000, *Tertio millennio ineunte*, Città del Vaticano: LEV.
- III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, 1980, *Documentos de Puebla*, México: CEM.